

RAFAEL MORALES: POÉTICA Y POESÍA

Francisco Javier Díez de Revenga

UNIVERSIDAD DE MURCIA

Resumen: La trayectoria poética de Rafael Morales (Talavera de la Reina, 1919) es una de las más interesantes de la poesía española de la segunda mitad del siglo XX. Sus reflexiones sobre su propia poesía constituyen un ejercicio de poética que ayuda a comprender no sólo el significado de su obra sino su concepto del acto creador.

Resumo: A traxectoria poética de Rafael Morales (Talavera de la Reina, 1919) é unha das máis interesantes da poesía española da segunda metade do século XX. As súas reflexións sobre a súa propia poesía constitúen un exercicio de poética que axuda a comprender non só o significado da súa obra, senon o seu concepto do acto creador.

Abstract: The poetic career of Rafael Morales (Talavera de la Reina, 1919) is one of the most interesting ones in the Spanish Poetry of the second half of the 20th century. His reflections about his own poetry constitute an exercise of Poetics which helps to understand not only the meaning of his work, but also the concept of the creating act.

La poesía de Rafael Morales representa uno de los conjuntos más sólidos de la lírica española contemporánea, que ha venido dando muestras, a través de los libros que han ido apareciendo paulatinamente, de su calidad e interés, hasta el extremo de que, en su conjunto, la podemos considerar una de las líricas más originales, y también más personales, de toda la poesía española actual. Desde la aparición de *Poemas del toro*, en 1943, encabezando como número uno, la colección Adonais, que fundó el Cónsul General de la Poesía, como llamara Federico García Lorca al escritor murciano Juan Guerrero Ruiz, hasta su última publicación, la antología poética *Por aquí pasó un hombre*¹, de muy reciente aparición en la Colección “Poesía en Madrid”, la trayectoria poética de Rafael Morales se ofrece como uno de los resultados más sólidos y compactos de la España contemporánea.

La publicación de una “antología total” supone una buena oportunidad para reflexionar sobre el poeta y el camino seguido

¹ Rafael Morales, *Por aquí pasó un hombre. Antología poética*, Madrid: Comunidad de Madrid-Fundación Gerardo Diego, Colección Poesía en Madrid, 1999.

por él. Sobre todo si, además, se tiene la suerte de que esa “antología” haya sido prologada por el propio autor y que este además haya llevado a cabo, ante cada libro, los oportunos comentarios sobre su obra, sobre sus intenciones, e, incluso, pasado el tiempo, sobre sus resultados. Éste es el caso de la antología *Por aquí pasó un hombre*, cuyo título ya avisa al lector de que el poeta está volviendo atrás sobre su trayectoria, sobre su trabajo pasado. Afortunadamente, la antología se completa no sólo con textos de libros anteriores, sino también con una promesa de futuro por medio de unos poemas, recopilados al final el libro, que, con el título bellissimo de “La palabra. Poemas inéditos”, nos ofrece material poético del taller del escritor que, sin duda, encarnan el germen de un futuro poemario. Por lo tanto, como gustaba expresar a Juan Ramón Jiménez, estamos ante una “obra en marcha”, felizmente para los lectores de la poesía de Rafael Morales.

Me interesa mucho destacar, antes de evocar la trayectoria poética histórica de este gran escritor, el gran valor que tienen los textos que Rafael Morales, cuya experiencia como antólogo es magnífica (una estupenda antología de Gerardo Diego² se debe a su buen saber escoger), ha escrito para esta antología. Además de los imprescindibles datos históricos, Rafael Morales nos ha suministrado en las páginas en prosa de esta antología una valiosísima poética, que interesa por un lado como poética personal, pero, por otro, como poética general, como teoría de la poesía. Vicente Aleixandre, al frente de *Espadas como labios*, se preguntaba con palabras de Lord Byron, que nadie ha sido capaz de encontrar en las obras completas del gran poeta romántico inglés hasta el momento, y hasta donde yo sé: “¿Qué es un poeta? ¿Qué valor tiene? ¿Qué hace? Es un charlatán.”³ Charlatanes no son nuestros poetas de hoy aunque sí, como es el caso de Rafael Morales, filólogos, es decir, amantes de la palabra. Filólogos son,

² Gerardo Diego, *Antología poética*, selección, introducción y notas de Rafael Morales, Madrid: Adonais, Rialp, 1996.

³ Vicente Aleixandre, *Obras completas*, edición de Carlos Bousoño, Madrid: Aguilar, 1968, p. 243.

por ejemplo, muchos de los veintiocho poetas antologados en la última antología consultada que se ha dado a conocer en España, la de Visor⁴. Lo son la mayoría, dedicados o no a la enseñanza en diversos niveles (he contado dieciséis de diversas filologías —clásica, románica, hispánica, italiana— entre los veintiocho poetas), y los que no son filólogos, son o periodistas culturales o editores. Es decir, amantes de la palabra, que se preguntan por el valor de la palabra. Pero ¿qué es un poeta filólogo o un poeta profesor? La poesía sigue siendo, entre las especies literarias, la más delicada y la más compleja. Ya lo decía el buen Don Quijote recogiendo el pensamiento cervantino⁵: la poesía es una doncella tierna y de poca edad que se adorna de otras doncellas, que son las demás ciencias, y el Licenciado Vidriera aseguraba que la poesía era una maravilla, pero que lo malo eran los poetas. “Del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número; y así, como si no hubiese poetas, no los estimaba”. Pero admiraba y reverenciaba el Licenciado a la poesía: “porque encerraba en sí a todas las demás ciencias: porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca a luz maravillosas obras, con que se llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla”⁶.

Palabra y maravilla o maravilla de la palabra. Y la palabra como base primera, origen y sentido de la poesía. Son muy interesantes, como decimos, cuantas reflexiones ha llevado a cabo Rafael Morales sobre el sentido de la poesía como palabra, reflexiones que ha hecho en sus prosas introductorias y que ha desarrollado también en el instante bello y próximo el poema como maravilla.

Asegura Rafael Morales que “la vida es transcurso, tiempo eslabonado de aconteceres, y el poeta va reflejando la suya día a día, poema a poema.”⁷ La relación vida-poesía queda así establecida por

⁴ *El último tercio del siglo (1968-1998). Antología consultada de la poesía española*, Introducción de José Carlos Mainer, Madrid: Visor, 1998.

⁵ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Vicente Gaos, Madrid: Gredos, 1987, vol. II, p. 247, II, cap. XVI.

⁶ Miguel de Cervantes, *El Licenciado Vidriera, Novelas ejemplares*, edición de Mariano Baquero Goyanes, Madrid: Editora Nacional, 1976, p. 22.

⁷ Rafael Morales, *Por aquí pasó un hombre*. Antología poética, p. 9.

Morales desde las primeras líneas de sus reflexiones, para asegurar muy desde el comienzo que todo es o puede ser objeto de la poesía, por lo menos eso es lo que a él le ha ocurrido. Todo, hombres y mujeres, animales, plantas, el dolor y la injusticia, el amor y la belleza.

Otro concepto básico, y original, tanto por lo novedoso como por su propia condición de origen es el concepto de revelación. “Toda poesía es siempre revelación”⁸, se dice en las palabras introductorias y todo lo que la poesía contiene, ya sea aspectos formales o contenidos, forman parte de la poesía misma. Una de las preocupaciones que Morales deja sentir en este libro es su inquietud sobre lo que es poético y lo que no lo es. La palabra como sustento de la poesía es uno de los objetos de reflexión más reiterados en este volumen. El recuerdo de una cita de Miguel Hernández es enarbolado como un argumento de peso, como un emblema o como una bandera, pero también como objeto inicial de discusión: “Odio los juegos poéticos de sólo cerebro. Quiero manifestaciones de la sangre... Estoy harto de tanto arte menor y puro.”⁹ Esto lo decía el poeta oriolano, gran amigo de Rafael Morales, cuando el autor de *El rayo que no cesa* quiso comprometerse y apartarse de claras líneas esteticistas y abandonar “el arte menor y puro”. El interés de esta actitud para Morales queda confirmado más adelante cuando el objeto de la discusión sea Dámaso Alonso e *Hijos de la ira*. Y la propuesta vaya nada menos que en torno a lo prosaico, lo que la palabra prosaica es y no es. “Nuevo estilo”, “nuevos temas”, se dice. Entonces, ¿ausencia del esteticismo? Lo que no se entiende muy bien es como al hablar de *Hijos de la ira* alguien ha podido en algún momento hablar de prosaísmo. En 1948, escribía Dámaso Alonso: “Nada aborrezco ahora más que el estéril esteticismo en que se ha debatido desde hace medio siglo el arte contemporáneo. Hoy es sólo el corazón del hombre lo que me interesa: expresar con mi dolor o con mi esperanza el anhelo o la

⁸ Rafael Morales, *Por aquí pasó un hombre*. Antología poética, p. 11.

⁹ Miguel Hernández, en la revista *Ágora*, 49-50 (1960), p. 22.

angustia del eterno corazón el hombre”¹⁰. Y añade Rafael Morales revelando una de las claves fundamentales de su concepto de la poesía: “El corazón que no se somete al arte no puede nunca generar poesía”.

Durante la etapa de juventud (así la podemos denominar como se ha venido haciendo habitualmente), Rafael Morales da a conocer cuatro libros diferentes que se ofrecen de extraordinario interés para observar la evolución de su poética. Poco tenemos que decir de esa obra maestra que es *Poemas del toro*, que ha merecido el aplauso de la crítica unánimemente. Tal libro supone el pedestal sobre el que se va a construir la evolución de la poética posterior. Y, ya desde el principio, muestra el compromiso con la situación: toro no fiesta, toro no pintoresco, toro no tipismo. Toro como tragedia, toro de sangre y muerte que, enclaustrado en la plaza, sufre la tragedia del sacrificio. Como la España de 1943. Las otras tres entregas de esta primera etapa las constituyen los libros *El corazón y la tierra*, de 1946, *Los desterrados*, de 1947, y *Canción sobre el asfalto*, de 1954. Libros escritos en la España de finales de los cuarenta y primeros cincuenta, que plantean exigencias expresivas reveladas en la poética establecida en ese momento. No nos referimos ahora a aspectos de contenido exclusivamente, como pueden ser el amor, la muerte, los débiles y las debilidades del mundo contemporáneo. Aludimos nuevamente a poética: y, en efecto, en la poesía de Rafael Morales se confirman la presencia de “lo humilde, de lo feo o de lo derrotado por el tiempo, que ya había estado presente en *Poemas del toro*, como por ejemplo en los sonetos “El buey” y “A un toro viejo”. Pero Rafael Morales lo que hace es incorporar a su poesía una de las líneas más sólidas de la tradición literaria española culta: la representada por el barroco y fijada de manera manifiesta por el poeta en su conocidísimo soneto “A un esqueleto de muchacha”, ofrecido, y con razón, como homenaje a Lope de Vega, cuyo soneto “A una calavera” (de mujer,

¹⁰ Dámaso Alonso, “Una generación poética (1920-1936)”, *Poeta españoles contemporáneos. Obras completas*, vol. IV, Madrid: Gredos, 1975, p. 663.

por supuesto) ya creó un clima que ahora actualiza plenamente Morales. Recordemos los versos del gran Lope¹¹:

Esta cabeza, cuando viva, tuvo
sobre la arquitectura de estos huesos
carne y cabellos por quien fueron presos
los ojos que, mirándola, detuvo.

Aquí la rosa de la boca estuvo,
marchita ya con tan helados besos;
aquí los ojos de esmeralda impresos,
color que tantas almas entretuvo.

Aquí la estimativa en que tenía
el principio de todo el movimiento,
aquí de las potencias la armonía.

¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!,
¿dónde tan alta presunción vivía
desprecian los gusanos aposento?

Y ahora las palabras poéticas de Rafael Morales, que, en su homenaje a Lope, trazan una poética clara: la poesía, como Lope demostró, es capaz de cantar también lo más desagradable, siempre que esa canción evoque el encanto de lo que fue. Nuestro poeta asume la lección y escribe “A un esqueleto de muchacha (Homenaje a Lope de Vega)”:

En esta frente, Dios, en esta frente
hubo un clamor de sangre rumorosa
y aquí, en esta oquedad, se abrió la rosa
de una fugaz mejilla adolescente.

Aquí el pecho sutil dio su naciente
gracia de flor incierta y venturosa
y aquí surgió la mano, deliciosa
primicia de este brazo inexistente.

Aquí el cuello de garza sostenía
la alada soledad de la cabeza
y aquí el cabello undoso se vertía.

Y aquí, en redonda y cálida pereza,

¹¹ Lope de Vega, *Obras poéticas*, edición de José Manuel Blecha, Barcelona: Planeta, 1969, I, p. 337.

el cauce de la pierna se extendía
para hallar por el pie la ligereza.

Y fue Gerardo Diego, gran poeta, gran lector de Lope de Vega, y ya lector de Rafael Morales, quien, en uno de sus programas de Radio Nacional de España, del *Panorama poético español*, ya advirtió la calidad del poema que destacaba entre los restantes del libro, aunque éstos también eran muy valorados y la obra en su conjunto en su condición de enriquecedora de la poesía del momento: “por ese solo soneto ya contaría en la historia de la poesía española. Afortunadamente, no sólo esos catorce versos. Hay otras poesías hermosísimas.”¹²

Las palabras agudas y certeras de Gerardo Diego hablaban de poesías hermosísimas. La hermosura del lenguaje no ha estado nunca reñida con la seriedad o aspereza de los temas. Prueba este aserto el libro *Los desterrados*, a cuyo frente Morales situó una nota en la que quiso desmarcarse de las únicas corrientes admitidas en la lírica el momento, de aires renacentistas, vinculadas a la revista *Garilaso*. Estamos ya en 1947 y las exigencias de la poesía del momento son muy otras. Morales recuerda en su nota la poética suya en este momento: “La poesía —escribe— se encuentra en todas partes” Y señala que no sólo hay que buscar en el agua de un arroyo o en los cálidos ojos de una mujer querida, sino en los lodazales o en los ojos de los ahorcados, en las manos sucias de los trabajadores. Giro pues fundamental en la poética del momento y sin duda evidencia de que algo nuevo hay que hacer. Podría en este terreno plantearse, como hace el propio Morales en sus reflexiones, la relación de la suya con la poesía social. Desde luego, nuestro poeta, personalmente, no se considera precursor de tal poesía como en alguna ocasión ha señalado la crítica y establece una sutil distinción que merece la pena recordar y tener muy en cuenta: su poesía no es social, es solidaria; su poesía no trata de temas sociales, sino solidaria con aquellos que no disfrutaban del gozo de la vida.

¹² Gerardo Diego, “La tierra y los desterrados”, *Panorama poético español*, número 120, 29 de septiembre de 1949. Inédito. Archivo Fundación Gerardo Diego. Sign. 2438.

Un poema, de cierto contenido teórico en este libro, y que corrobora las afirmaciones anteriores, es “Los que sueñan”. Pensemos no en el mundo de los sueños, sino en el mundo de los soñadores; y pensemos cuánto de fantasía, de ficción, de imaginación puede haber en el mundo de un soñador. El poema es una admonición y un aviso para aquellos que sueñan. “¿Para qué tanto sueño, para quién tanto sueño?”, se pregunta el poeta enfrentando decididamente realidad y sueño y optando por la realidad como verdad y como representación de un mundo que se ofrece como nuevo en la poesía contemporánea a la altura de 1947:

¿Para qué tanto sueño, para quién tanto sueño
Sólo tendréis, humanos, vuestro dolor por dueño.

Y tal actitud se confirma en el cuarto de los libros y el que cierra la llamada etapa juvenil, *Canción del asfalto*. Llegamos al año 1953 y Rafael Morales reitera y ratifica su concepto de la poesía a lo largo de esta etapa: “cualquier motivo cabe en el poema siempre que la expresión cumpla con la debida exigencia del arte”.

La segunda etapa de Rafael Morales, entre 1962 y 1971, está recogida en únicamente dos libros: *La máscara y los dientes* y *La rueda y el viento*. La poética de este período profundiza en la concepción del poema como medio de análisis y reflexión del mundo y del hombre; del humano en la tierra. Insiste Morales por enésima vez en que su poesía no es poesía social, y bien hace en así manifestarlo, porque además de ser cierto afortunadamente, porque en la década de los sesenta la poesía social iba camino de su ocaso, agotada en su propia realidad deprimida. Acuña Morales para esta etapa dos conceptos que son útiles para entender su universo poético en este momento y su evolución: uno se refiere al nuevo género poético inventado y bautizado con el nombre de “lirodrama”, constituido con algo de dramático, nada de narrativo y todo o casi todo de lírico. Y otro atiende a la intención de esa poesía: poesía sociomoral. No poesía social, sino poesía sociomoral. Es decir, reiteración y confirmación de la existencia de un sentido solidario como exigencia ética, ineludible en toda poesía comprometida con los más débiles.

La tercera etapa de la poesía de Morales tiene dos libros, que, nuevamente, suponen un avance en sus ideas poéticas, aunque el primero de ellos, *Prado de serpientes*, de 1982, supone una confirmación de toda la poesía anterior al tiempo que ahonda en los conceptos de solidaridad y ética entrevistados en la referencia a personas o a animales de alto contenido simbólico. Pero *Entre tantos adioses* incorpora a la poesía de Morales, a la altura de 1993, una clara representación de la personal poética del escritor, que se expresa ahora en los propios poemas. Así ocurre con “El poema”, que hemos de considerar uno de los textos cruciales más significativos de toda esta etapa. El poeta se enfrenta, en sus versos, a la propia realidad del poema, y establece tres conceptos básicos: la poesía como memoria de un camino transitado o transcurrido (la propia vida); la poesía como testimonio o testigo de un trabajo hecho en soledad (la propia poesía); y la poesía como comunicación con alguien (el propio lector), que, de acuerdo con la más avanzada teoría de la recepción, se convierte, en cierto modo, también en autor, sin cuya colaboración la poesía no llegaría a ser realidad, a existir. Vida, poesía, lector: todo esto es el poema:

He aquí que voy escribiendo
huellas de un caminante.

Camino, soledad, vida del poema en el lector. Sin lector no existe el poema. El camino de la transmisión es el propio poema.

Se genera en esta etapa un interés poético por la palabra que parece muy original. La palabra es el instrumento básico de la comunicación, y también es, desde luego, el medio de que se sirve el poeta para escribir la poesía. La palabra se ofrecerá entonces como confirmación del amor (está en la base inicial de la comunicación amorosa) y se vivirá igualmente como reflexión del poeta cuando ante otros poetas manifieste su admiración: el poeta se sentirá unido a ellos por su palabra. La palabra más vital es el nombre, los nombres. Se menciona en algún momento el término “sustantivo”. El nombre es la palabra que designa a personas y objetos. La palabra, en definitiva, estará en la génesis misma del trabajo del poeta. Así ocurre incluso con el propio nombre o el nombre propio del poeta: las tres sílabas de Rafael, cuando son

pronunciadas por la amada. Así ocurrió con las “Primeras palabras”, esos primeros nombres que hicieron que el niño balbuciente transitase de la oscuridad a la luz. Y así también la palabra de Gerardo Diego (“resucitarías en tu palabra”) y así también la palabra de Vicente Aleixandre:

y siento alzarse el reino
de tu hermosa palabra,
pujar por claras torres,
cantar eternamente
donde puso la vida
sus auroras volcánicas.

Y, justamente, a la palabra están dedicados unos poemas inéditos, agavillados al final de esta antología en cuya brevísima presentación, el poeta confirma el significado de este interés suyo en la poesía que actualmente escribe: “Estos poemas aún no tienen historia. Están motivados todos ellos por mi amor a la palabra, don hermoso que tiene el hombre y el único que hace posible la poesía.”

Tiene este conjunto un interés capital para el enfoque que hemos querido dar a estas reflexiones. La palabra como concepto, la palabra como contenido (antes se ha dicho contenido “sustantivo”). La palabra no es nada; es sílabas, es sonido; sólo es algo cuando es concepto. Se produce entonces el milagro del “humano triunfo”. Así se dice en “Triunfo”. En “Palabra efímera” se ofrece un contrapunto complementario al anterior. La palabra como algo volátil, efímero, fugitivo. Y también la palabra como “palabra poética”, equivalente a percepción. La palabra es también luz y vida y tiene vida propia, desde su misma creación hasta el olvido, el pretérito y la muerte. La palabra es entonces sentimiento y verdad, dos términos estos, *sentimiento* y *verdad*, que definen muy bien, en mi opinión, la trayectoria poética de Rafael Morales.